

COYUNTURA ECONOMICA Y MAPA POLITICO

MAÑANA, a las once, le recibirá el señor ministro». El oficial que me comunica esto ha atendido mi petición con celeridad y eficiencia. Sin duda, ha comprendido mi interés en comparar las ideas y actitudes de los militares del Movimiento de las Fuerzas Armadas que he conocido en São Bento con la de uno de los que ha accedido ya a categoría ministerial. La audiencia es con el mayor Melo Antunes, recién nombrado ministro sin cartera, y considerado como uno de los elementos más valiosos y avanzados dentro del MFA.

Un ministro representativo: Melo Antunes

Sin ningún protocolo, el ministro me recibe, excusándose de no poder ofrecerme más que un período de tiempo limitado. Le digo que lo comprendo perfectamente: no hace

ni cuarenta y ocho horas que tomó posesión. A mi primera pregunta sobre si existe contradicción entre la provisionalidad del gobierno y la capacidad de adoptar reformas profundas, responde:

—Juzgo que no existe contradicción. Hay toda una gama de medidas que pueden y deben adoptarse, tanto en el orden político como en el económico. Ahora bien, para uno y otro orden hay que tener en cuenta que estamos en un período de transición entre el fascismo y la democracia. Si bien hemos abolido el primero, no se puede decir que hayamos instituido la democracia. Yo diría más bien que tendemos hacia ella. Para esto hay que hacer un aprendizaje de convivencia, de educación política —es toda una generación la que ha vivido expuesta a las deformaciones fascistas—. En cuanto a lo económico, podemos arbitrar medidas que ayuden a superar problemas acuciantes, a frenar la inflación, controlar pre-

cios, pero no podemos arbitrar reformas de fondo, cambiar el sistema capitalista de mercado. Ahora, eso sí, cambiar el énfasis en la protección. Si el anterior régimen era proteccionista respecto al capital, nosotros intentaremos restablecer el equilibrio, dando a los trabajadores sus derechos.

—Se habla de que el gobierno piensa regular —¿limitar?— el derecho de huelga. ¿Cómo ve los movimientos de masas producidos desde el veinticinco de abril?

—Yo creo que eran inevitables. Psicológicamente, era necesario esta embriaguez colectiva, y hubiera sido irrealista pensar en controlarla. No se trata de esto. Ahora bien, esta embriaguez no se puede prolongar indefinidamente. Es necesario que, una vez alcanzada la libertad, se practique con responsabilidad. Pronto saldrá un decreto sobre huelgas, que espero regule adecuadamente los derechos y responsabilidades. Ahora no nos po-

demos permitir todas las libertades; aunque parezca paradójico, debemos controlarlas para poder conservarlas, y esto exige una disciplina.

—Este tema nos conecta directamente con los peligros a la derecha...

—En efecto, en un principio, los grandes grupos financieros velan con desconfianza todo el curso que tomaban los acontecimientos. Pero creo que actualmente podemos ofrecer garantías para que colaboren en la construcción de una nueva sociedad. Nosotros no tenemos un proyecto concreto para que mejore la sociedad, pero queremos que no se descarte la participación de los grupos económicos. Queremos crear un Estado que deje de beneficiar de modo casi exclusivo al capital, pero que no beneficie tan sólo a los trabajadores. Y esto creo que es negociable con los grupos económicos, que deberán aceptar trabajar en beneficio de toda la sociedad, y no exclusivamente para ellos.

—¿Cómo ve el tema de la politización? ¿Considera posible llegar a un grado de educación política antes de las elecciones?

—Creo que tiene sus dificultades. Pero creo que si distinguimos entre politización y desalienación (del fascismo), lo primero es más viable a corto plazo, mientras que lo segundo exige un proceso más lento y en profundidad. Pero en ningún caso podemos caer en el error de repetir la tesis fascista de que el pueblo no está maduro para la democracia. Entiendo que son riesgos que hemos de correr, aunque las reformas de fondo en la politización han de durar una generación, empezando, por ejemplo, con la democratización de la enseñanza. Tengo confianza en que las masas sabrán hacer las elecciones acertadas.

—Mi última pregunta sobre el problema de la descolonización ya no obtiene respuesta tan tajante. Es más, no me atrevería a transcribir los escasos minutos en que el señor ministro abordó el tema en que se habló de las especificidades de los tres territorios —Angola, Mozambique y Guinea— y las soluciones aplicables con los componentes de su complejidad: militar, político y económico. La entrevista termina en términos de gran amabilidad. El señor ministro me invita a volver más adelante a hablar con más calma.



Trabajadores y empleados de la empresa Guérin se manifiestan frente a la sede central de la misma. Reivindicaban un «sanear» de los directivos comprometidos con el anterior gobierno fascista.



El 18 de julio, los partidos de extrema izquierda —MES, MRPP y PRP— convocaron una manifestación en pleno centro de Lisboa, para presionar sobre el gobierno por una rápida descolonización de los territorios africanos de Angola, Mozambique y Guinea.

El pulso de la coalición tras la crisis

El contenido de las declaraciones del comandante Melo Antunes resume no ya la posición del Movimiento de las Fuerzas Armadas como entidad —más bien, diseminado en la retórica voluntarista de su «Programa», ni tampoco las distintas interpretaciones que podrían deducirse en las palabras, o detrás de ellas, de algunos de sus miembros en conversación informal, y que dejarían lugar a interpretaciones. No; el señor ministro, en su precisión, ha concretado precisamente aquel lugar donde convergen las ilusiones democrático-reformadoras del MFA con los condicionamientos concretos de la coyuntura portuguesa. Es el punto de fusión que necesita el brazo armado que ha dado el golpe con el cuerpo civil, que presta su apoyo para vertebrar un gobierno. Es decir, confluencia con los tres partidos políticos que forman la «coaligação», Partido Popular Democrático, Partido Socialista, Partido Comunista. ¿Cuál ha sido su posición ante la crisis, cuáles sus reacciones, su estrategia —o estratagemas—, y cuáles sus conclusiones tras la resolución?

Era sumamente revelador, durante los días de la crisis y en los de su inmediata resolución, seguir por la prensa las diversas tomas de postura, en las que el denominador común era la repulsa de las maniobras derechistas que había inten-

tado Palma Carlos. Los «slogans» de «la reacción no pasará» se corean en todos los editoriales, se buscan responsables e incluso se señalan con el dedo algunos enemigos de la democracia, etcétera. Los discursos de los líderes de los partidos de la coalición eran prácticamente iguales: repulsa por los recientes acontecimientos, ejecución sin tergiversaciones del programa del MFA y del Gobierno provisional, descolonizar y definición urgente de una política económica. Acaso de los tres partidos, el PPD es el que presentaba características propias para la incomodi-

declarando que el PPD seguía dispuesto a formar parte de la coalición, en donde está presente uno de sus miembros, Magalhães Motta, como ministro sin cartera.

Aparte de las más o menos hábiles declaraciones exculpatorias de Sa-Carneiro, los partidos de la coalición han dado la bienvenida a la reorganización ministerial y lo que parece significar. He intentado pulsar la opinión de los dos partidos de izquierda sobre la coyuntura, interesándome especialmente por dos aspectos. Uno, la interpretación analítica de los dos primeros meses de gobierno en que habían parti-

culando, y, en segundo lugar, las expectativas después del cambio y en qué medida éste responde a las necesidades desveladas por los errores y deficiencias pasadas.

Ahora bien, una vez desencadenada esta marea reivindicativa, lo que se ha puesto de manifiesto —además de una realidad social oprimida y engañada por la represión fascista y la inoperancia de unos sindicatos manipulados— han sido una serie de realidades a escala de movilización obrera. Estas, por una parte, han dejado entrever la capacidad real de respuesta de los trabajadores, ya sea en formas espontáneas o encuadradas en los diversos grupos políticos o sindicales. Todas las dificultades de realismo y enmascaramiento que comporta la clandestinidad se han visto desbordadas en varias semanas, que han dejado ver, o entrever, cuáles y cuántas son las fuerzas en presencia, cuáles son sus tácticas, su grado de combatividad. Y así se ha podido comprobar qué relación

Guillermo Luis Díaz-Plaja

dad que le daba haber sido acusado de tomar parte en las dudosas maniobras de Palma Carlos, especialmente en la persona del ex ministro Sa-Carneiro. Este, en unas declaraciones a *Expresso* (20 de julio), con la táctica de que la mejor defensa es un buen ataque, devolvía la pelota, concretamente al Partido Socialista, y juraba por todo que el PPD era ajeno al complot derechista, haciendo profesión de fe y fervor democrático. Con todo, es el único secretario general de los partidos de coalición que en el segundo gobierno no ha entrado; según el propio Sa-Carneiro, sólo por razones de estrategia personal —en este momento soy más útil al país y a mi partido trabajando como secretario general—, pero

Huelgas salvajes y domesticadas

declarando que el PPD seguía dispuesto a formar parte de la coalición, en donde está presente uno de sus miembros, Magalhães Motta, como ministro sin cartera.

Aparte de las más o menos hábiles declaraciones exculpatorias de Sa-Carneiro, los partidos de la coalición han dado la bienvenida a la reorganización ministerial y lo que parece significar. He intentado pulsar la opinión de los dos partidos de izquierda sobre la coyuntura, interesándome especialmente por dos aspectos. Uno, la interpretación analítica de los dos primeros meses de gobierno en que habían parti-

existe entre «slogans» y praxis, entre palabras y acciones; sobre todo, qué diferencia hay entre una consigna retórica o un «bluff» y una auténtica voluntad de lucha.

Así, los pescadores de Matosinhos, el puerto pesquero de Oporto, han desencadenado una huelga salvaje de duración record, y que está siendo muy difícil de manejar y de entender por parte de muchos (1). En la pequeña antología de estos dos meses deberían escribirse nombres como los de Lisnave, Timex, Citroën, Semiconductores de ITT y, sobre todo, las de los Correos, Telégrafos y Teléfonos (CTT), el Metropolitano de Lisboa, así como los transportes de superficie de la capital (CARRIS). Cada una en su estilo debe proporcionar un aprendizaje, y ha empezado a dejar en claro quién es quién en la nueva realidad político-sindical, difícil de conocer durante los muchos años de «underground».

Resulta imposible hacer un inventario de las principales luchas arriba mencionadas, pero es significativo el caso del Metro de Lisboa, en el que la protesta reivindicadora y el paro tuvieron un resultado fulminante: el aumento del salario hasta 6.000 escudos. Esto produjo una reacción de contagio en CARRIS, transportes urbanos de superficie de Lisboa, que se pusieron en huelga con el mismo objetivo salarial. Ante el pánico empresarial, el gobierno acudió a apagar el fuego. Manera: rebajando los aumentos de los del Metro a 4.500 escudos, para evitar el contagio, y negociando una subida equivalente a los autobuses y tranvías de CARRIS.

Ante la creciente demanda de los seis mil escudos mensuales, el gobierno hizo una declaración oficial, en el sentido de que esa cantidad era inalcanzable, pura utopía, dada la estructura y la coyuntura económica portuguesa. Da la casualidad de que los seis mil escudos era el salario reivindicado en los últimos meses de lucha sindical clandestina por los grupos políticos de izquierda. La situación se podría definir en palabras de un militante sindical, quien me decía: «Durante el fascismo, la huelga estaba prohibida y reprimida por las autoridades, y era el arma de lucha reconocida por los partidos de izquierdas. Ahora, estos partidos están en el poder apenas hace dos meses, y ya comienzan a decirnos que la huelga no es conveniente, que es incluso peligrosa...».

El Partido Comunista, el Partido Socialista y el Movimiento Sindical

En las sedes de los partidos Comunista y Socialista tengo sendas conversaciones. En cada una de las dos, con militantes responsables, que me hacen un análisis de la si-

tuación, enfatizando el peligro de la alteración del orden público y de la deterioración del sistema económico, que suponen, respectivamente, las manifestaciones y huelgas. Me hablan de la amenaza de la derecha, que se acababa de palpar en el contragolpe de Palma Carlos y en el miedo del gran capital, que está provocando la crisis económica. Según ellos, no hay que dejarse llevar de entusiasmos pseudorrevolucionarios, que nada más servirían de provocación.

Al comentar algunas de las huelgas importantes, el responsable del Partido Comunista mantiene que su partido «no puede sacrificar las conquistas democráticas de los trabajadores por unas reivindicaciones en apariencia brillantes, pero que a la larga serían contraproducentes...». Me pone el ejemplo de la huelga de CTT, según él, animada por elementos contrarrevolucionarios, que, «explotando las justas aspiraciones de las masas, los engañan con actividades incorrectas...»; luego añade: «Un partido no puede dejarse ilusionar por las apariencias, y debe ir al fondo de

la cuestión, porque las conquistas inmediatas, hoy, pueden volverse mañana contra los trabajadores. Así, el PCP fue el único que se opuso a la huelga de CTT». (Es curioso que estas dos huelgas ya clásicas, Metro/CARRIS y la de CTT, son explicadas de forma diversa por grupos de extrema izquierda, como veremos más adelante.) Le pregunto cómo se sentía el partido al tener un ministro en la cartera de Trabajo, Avelino Gonçalves, que se veía obligado a frenar las huelgas. «Producía mucha incompreensión en la izquierda, sin dejar de inspirar recelo a la derecha. Acaso haya sido mejor la sustitución por un militar (capitán Costa Martins) en el segundo gobierno».

Al abordar el tema del movimiento sindical, la conversación adquiere tonos de complejidad. El militante socialista, a pesar de las excelentes relaciones que oficialmente mantiene su partido con el Partido Comunista, se queja de una cierta táctica de los miembros de este último, que han tenido una tendencia casi obsesiva por ir al copo de puestos directivos en el movi-

miento sindical. La Intersindical, estructura provisional, que agrupa a unos 40 sindicatos, refleja la relación de fuerzas casi de modo exagerado, ya que de ellos, aproximadamente unos 32 estarían en manos del Partido Comunista/Partido Socialista, y los ocho restantes estarían más controlados por grupos de la extrema izquierda. Pero incluso dentro de estos 32, la mayoría de dominio efectivo estaría de modo abrumador en manos del Partido Comunista, cuya superioridad numérica se hace notar tanto en militancia como en la capacidad táctica de sus cuadros.

A nivel sindical, ambos partidos de izquierdas en la coalición invocan la unidad como «mot d'ordre» casi obsesivo, pero produce la impresión de que cada uno de ellos la ve de una manera. Hoy por hoy, me informan, persiste —como reliquia del corporativismo— la estructura profesional, en la que la representatividad es fraccionada por distintas profesiones. En los tiempos de la clandestinidad, los sindicalistas democráticos de oposición aprovecharon cualquier fisura en la legalidad corporativista, logrando infiltraciones importantes, especialmente el Partido Comunista. Gracias a ellas, han tenido, a la hora de la liberación, una buena cabeza de puente para ampliar su control virtualmente hasta la totalidad. Pero en ambos ambientes partidarios, socialistas y comunistas coinciden en que la estructura debería transformarse e ir hacia un sindicalismo por sectores de producción. De esta manera, en una empresa metalúrgica, pongamos por caso, todos los empleados —sin distinción de oficios y profesiones—, pertenecerían al mismo sindicato.

Es Marcelo Curto, uno de los más prestigiosos líderes sindicalistas, quien intenta hacerme un bosquejo histórico de los orígenes de los movimientos sindicales en la clandestinidad. Las diversas estrategias y pactos a que obligan las distintas etapas del gobierno, sus legislaciones y las tácticas empresariales. Es una historia complicada y llena de héroes, y también de mártires; las cárceles de la PIDE han torturado y mantenido allí a hombres, de los que Daniel Cabrita, Antonio dos Santos, María Julia Santos sólo son conocidos, pero que sólo encabezan listas anónimas igualmente meritorias.

Veo también a Sottomayor Cardia, considerado por muchos como el ideólogo del Partido Socialista. Extremadamente prudente en sus manifestaciones, se muestra, a la vez, esperanzado en que la superación de la crisis sea el comienzo de una época positiva. Repasamos los grandes problemas —coyuntura económica, huelgas y estrategia obrera frente a las tácticas del capital, y, sobre todo, el problema de la descolonización—; todo ello merece un juicio ponderado y siempre a reserva de lo que el futuro pueda deparar. Es demasiado pronto para saber lo que va a ocurrir en cualquier terreno. Parece, a la vez, abru-



Por todas partes se ven carteles como los que muestra la fotografía, y que guardan cierta semejanza con los utilizados en China durante la Revolución Cultural.

(1) Para paliar la carencia de pescado producida por el paro se han hecho importaciones masivas de sardinas procedentes de pesqueros soviéticos, lo cual no deja de ser una ironía.



Las pancartas exhibidas en las manifestaciones se refieren a la urgencia de encontrar soluciones a los problemas que tanto en el orden interno como en el externo tiene planteados el gobierno de Spínola.

mado por los acontecimientos pasados y a la espera de los nuevos. Sus análisis entran en una línea racional y coherente con su ideología, pero tienen la distancia del intelectual, que traicionan sus ojos tras espesas dioptrías. Cuando me voy a ir —acaso por la dispersión de los muchos temas abordados en dos horas—, me ofrece su libro, «Por una democracia anticapitalista». Al entregármelo, parece querer decirme: «Lo que yo —y en buena parte el Partido Comunista— creo que se debe hacer, está explicitado y resumido aquí. Luego, ya viene el arte de lo posible».

La coyuntura: las cuentas del gran capital

Hay que tener en cuenta los principales datos de la estructura económica portuguesa: un PNB de 640 dólares por habitante, escasa industrialización, agricultura atrasada, concentración de fortunas en diez grandes grupos financieros, fuerte dependencia tecnológica del extranjero, enormes tasas de emigración exterior. A todas estas figuras, típicas del subdesarrollo, se suman los gastos inmensos de la guerra colonial en tres frentes, no sólo en fuerza de trabajo y vidas humanas sacrificadas, sino en millones de escudos, que han llegado a constituir el 45 por 100 del presupuesto nacional, mermando las ya escasas inversiones públicas, que la economía prekeynesiana del salazarismo reducía ya considerablemente. (Para mayor precisión, véase el artículo «Portugal: la economía y el futuro», de R. Gómez y J. Campo, aparecido en TRIUNFO, número 617.

Es fácil entender que con estos

componentes estructurales, tras el día 25 de abril y la proliferación de huelgas que trajo consigo, las consecuencias han supuesto un agravamiento de la coyuntura. Los efectos más palpables, a tres meses vista del brusco cambio político, serían los siguientes: En primer lugar, agravación del proceso inflacionista, que es en parte un fenómeno de origen exógeno, conectado con la crisis y subida de petróleo y materias primas, pero que también está relacionado con aspectos endógenos. Dicha inflación, que del 20 por 100 en 1973 ha pasado a ser del 30 por 100 en los tres primeros meses de 1974, se veía aún más acentuada por las consecuencias inmediatas al golpe. Así, el pánico produjo el típico efecto de retracción y evasión capitalista: sin que se sepa bien dónde han ido a parar —Portugal o el extranjero—, se estima que no menos de 18.000 millones de escudos han desaparecido de la circulación. Esta bonita suma es suficiente para justificar un colapso de la actividad económica. No es de extrañar que la liquidez se haya reducido al mínimo y que se hayan paralizado prácticamente algunos sectores. Especialmente aquellos que encarraban una alta tasa de especulación. Así, la Bolsa, especialmente animada en los meses precedentes a abril de 1974, gracias a inversiones extranjeras y nacionales de carácter especulativo, y, sobre todo, el sector de la construcción. Este se beneficiaba de un déficit endémico de viviendas para alcanzar tasas de beneficio elevadísimas (un piso de tres habitaciones en un barrio de la clase media no baja de un millón de escudos, dos millones y medio de pesetas); que favorecían operaciones altamente especulativas, basadas en créditos. Esto, evidente-

mente, se ha yugulado, y no sólo en el sector inmobiliario.

La oleada de agitación social y reivindicaciones ha llevado a numerosas suspensiones de pagos, declaraciones de quiebra. Entre ellas, muchas son auténticas, especialmente en el sector textil, donde existían empresas pequeñas y medias que no podían aguantar aumentos salariales. Pero también se han dado falsos expedientes de crisis para burlar la coyuntura reivindicativa.

Todo esto, más el debilitamiento de la cartera de pedidos en general, acarrea el aumento alarmante del paro, que se estima en algunas decenas de millares (las estadísticas son precarias en Portugal). Además de esto, la situación de la balanza exterior se ha debilitado mucho, porque los dos puntales —remesas de los trabajadores emigrados y turismo— han sufrido sendos bajones. Parece que los emigrantes vuelven a enviar sus ahorros, pero el susto ha sido importante. En cuanto al turismo, es palpablemente inferior, gracias al boicot de las agencias de viajes y ciertas campañas de prensa y rumores, de las que nuestro país no ha estado ajeno.

Otro aspecto a resaltar ha sido la actitud de algunas multinacionales, que ante los primeros síntomas de agitación han amenazado con desmantelar sus instalaciones; así, la Hoechst —que después se retractó— y una fábrica de semiconductores de ITT, que querían trasladar la producción a otro país. Esto se entiende en un contexto, como el del modelo de subdesarrollo portugués, que ha atraído inversiones extranjeras para utilizar tan sólo la baratura de la mano de obra, para reexportar la inmensa mayoría de la producción, ya que el merca-

do de consumo interno no es suficiente. Esto hace que muchas de las fábricas extranjeras sean simples plantas de montaje —el caso más típico es el de los automóviles, que vienen en piezas, y sólo se ensamblan en Portugal, pero ni la materia prima ni el más mínimo componente son fabricados allí—. Esto explica la dependencia enorme, y hace entender que recientemente, cuando los obreros de Citroën portuguesa, ante sus reivindicaciones no atendidas, ocuparon la factoría, se encontraron con que no podían seguir la producción, ya que la central francesa había cortado el suministro.

Ante todos estos signos alarmistas, la Confederación de la Industria Portuguesa ha cerrado filas y han entregado diversos documentos al gobierno, exponiendo sus problemas y, probablemente, sus «condiciones» para remontar la crisis. Entre ellas, sin duda, estará el «frenar la agitación» y «devolver la confianza al capital».

Pero aunque este «trust» patronal es importante, es evidente que la última palabra no la tienen ellos, sino que está en manos de los famosos diez, a lo sumo doce, grupos económicos, cuya lista componen los nombres de familias como Champalimaud, «conglomerates» como CUF, Bancos como Espírito Santo, Borges e Irmão, Banco Português do Atlántico, Banco Nacional Ultramarino, etcétera. En otras palabras, el gran capital, que es quien va a presentar sus cuentas, consciente de su poder. El sobredimensionamiento del capital financiero respecto del industrial es una característica muy acusada de la economía portuguesa, que da como resultado un país subdesarrollado con una Banca muy poderosa. Evidentemente, esto está relacionado con la economía colonial, y los problemas económicos que plantea al capitalismo portugués la descolonización son el centro de gravedad de todas las discusiones que en este momento se deben estar llevando a cabo. Todos los grupos están lo suficientemente comprometidos en África —con la excepción, acaso, del Banco Fosecas e Burnay— como para presionar con el fin de desacelerar el proceso descolonizador. Si bien es verdad que las inversiones en Angola, Mozambique y Guinea desbordan el marco del capitalismo portugués, y están controladas mayoritariamente por grupos multinacionales americanos y europeos.

Curiosamente, el peso de las multinacionales es, en cambio, relativamente pequeño en Portugal-metrópoli —por ejemplo, en comparación con España—, por su importancia y los sectores que afecta, y parece que su presión no va a jugar un «rol» demasiado determinante en las grandes opciones que se tienen que discutir. Hablo con el joven economista Luis Salgado de Matos, autor de un estudio —«Investimentos estrangeiros em Portugal»— en el que sostiene que «el patrón portugués (de Inversio-

nes extranjeras) está a medio camino, en cuanto al montante global, entre los países periféricos y los del centro; se aproxima más a éstos en cuanto al grado de concentración nacional de los inversores extranjeros; sin embargo, tienen más semejanza con los países periféricos en lo que se refiere a la forma de invertir» (página 265). La dependencia portuguesa —me explica— del extranjero lo es en tanto en cuanto los centros de decisión y la tecnología están allí, y también porque coartan la iniciativa privada de muchos inversores, que prefieren realizar cómodos pactos con el «know-how» foráneo, al que la economía portuguesa tributó, en forma de «royalties», 130 millones de escudos en 1970.

Con todo, la pregunta que he formulado repetidas veces y que nadie puede responder a ciencia cierta es: ¿Hasta qué punto la descolonización total, que sería beneficiosa para los fondos públicos portugueses, causaría un descalabro en la gran Banca?, o bien: ¿Qué capacidad de adaptación tendría el capital financiero portugués comprometido en Ultramar para reconvertirse en inversiones portuguesas, sin duda menos rentables que las coloniales? Alguien me responde que estos planteamientos son demasiados lineales, en primer lugar, porque nadie sabe a qué ritmo se llevará la descolonización —salvo en el caso ya consumado de Guinea—, tanto en el terreno político y de qué forma se llevará a cabo en el económico, y en este sentido, el papel de las multinacionales es clave. Hay que tener en cuenta que, por otra parte, los grupos financieros más «ultras» están intentando una maniobra de secesión: concretamente en Mozambique, el multimillonario portugués Jorge Jardim —que estuvo recientemente en Madrid, a reclutar PIDES— está, al parecer, intentando armar un ejército mercenario, con el fin de lograr una secesión al estilo —y con la protección más o menos discreta— de Rodesia y Sudáfrica.

Con todo este «imbroglio», cuesta saber lo que será la economía portuguesa en los próximos meses. Una cosa es clara: el poder económico sigue estando en las mismas manos, y ante la presión popular, ahora el capital está presionando; se habla ya de bolcot —hay que recordar precedentes de mal agüero, como el de Chile...— para conseguir negociar en las mejores condiciones un modus vivendi que saque el mejor partido dentro del que se considera el pasado proteccionista ya periclitado. El *Expresso* del día 13 de julio señalaba, en un artículo titulado «O silencio dos banqueiros» como síntoma alarmante esta actitud de guerra de nervios. Acudo a entrevistar al doctor Luiz Aviles, abogado de Antonio Champalimaud, el magnate financiero, del que le digo me gustaría conocer la opinión. Me hace entregarle al cuestionario por escrito. Pocos días después, ya en España,

recibo una correcta carta, en la que se me dice que no es posible contestar a mi cuestionario.

El mapa político portugués

Del mismo modo que hay que contar, de un modo u otro, con los grandes grupos financieros a la hora de hacer un recuento de fuerzas políticas, sería irreal pensar que la actual coalición en el poder traduce todas las fuerzas en presencia. Aunque es importante, capital, el «rol» jugado por el Movimiento de las Fuerzas Armadas y los tres partidos que integran la actual «coligação», ni el Partido Popular Democrático representa a todo el centro-derecha —a pasar de apoyarse en él sectores clave del capital financiero—, ni el Partido Socialista representa todo el centro-izquierda —por carecer de suficiente base e implantación obrera, y, sobre todo, en clases medias—, ni el PCP agota todo el potencial de la izquierda —aunque su influencia sea grande en el proletariado industrial y el campesinado alentejano—. Con estas premisas vamos a intentar un esquemático inventario, que ayude a trazar un mapa más completo de la realidad política portuguesa, que, por estar todavía muy en ciernes, tiene una diversidad que puede dar lugar a ciertas evoluciones en los próximos meses, que cambiase el reparto de papeles de poder inicial. Intentaremos ofrecer los esquemas y análisis de cada uno de ellos.

Antes de hablar de partidos propiamente dichos, hay que mencionar dos grupos de características peculiares: MDP/CDE y SEDES.

MDP/CDE.—Surgidos en la época de «apertura» caetanista, este **Movimiento Democrático Portugués**, llamado en Lisboa CDE (Centro Democrático Electoral), fue una asociación que agrupó a demócratas de los dos o tres partidos más importantes de la clandestinidad, así como a independientes, con el fin de participar en las elecciones. Una vez instaurada la democracia, han seguido con su estructura, que algunos consideran de utilidad por el «rol» activo que tiene en la politización. Yo asistí a uno de sus «comicios» de barrio, en un teatro de Lisboa, y era interesante el proceso de concienciación que fomentaban en ciudadanos despolitizados. Los que lo critican dicen que ya no tiene razón de ser, e incluso que es una plataforma encubierta en realidad controlada por el Partido Comunista. El MDP participó en el primer Gobierno provisional a través del prestigioso economista Pereira de Moura, que extrañamente no fue llamado para el segundo, siendo sustituido en el Ministerio de Economía y Finanzas por dos miembros del SEDES. El MDP ha popularizado el cartel en el que aparecen soldados y civiles del brazo, con el «slogan»: «Así, el fascismo no volverá».

SEDES.—Sus siglas significan Sociedad de Estudios para el Desarrollo Económico y Social, fundado en febrero de 1970. En su libro «Portugal que somos y Portugal que queremos ser», hacia profesión de unas ideas pro-democracia europea, con énfasis en el desarrollo económico. Existe una tendencia algo socializante, pero el núcleo es de tendencia más tecnocrática. Después de abril, la mayoría de sus miembros han ido a adherirse a partidos de centro, si bien Rui Vilar, una de sus cabezas más visibles, ha sido llamado al segundo gobierno como ministro de Economía.

Las derechas

Además del PPD, sin duda alguna el partido más fuerte y con más futuro, que cuenta con figuras como Sa-Carneiro y Pinto Balsemão, y, a lo que se dice, el apoyo del gran capital financiero e industrial, existen otros partidos, algunos, tradicionales; otros, de reciente formación. Entre los más recientes:

PSD.—Partido Social Democrático, reúne a antiguos miembros de SEDES y a algunos demócratas cristianos liberales, y se reclaman de ideas socialdemócratas, pero todavía no tienen un programa definido. Nombres que suenan entre los fundadores: Correia da Cunha, Martins...

CDS.—Fundado tras la crisis, el Partido de Centro Democrático Social se reclaman del humanismo personalista —de corte mounieriano, se supone— como filosofía política. Se definen rigurosamente al centro. En la lista de fundadores figura una inmensa mayoría de abogados, médicos y profesionales en general.

Más a la derecha se situarían:

Convergencia Monárquica y Partido Popular Monárquico, cuyos programas están poco definidos, y a los que se adhieren verdaderas minorías.

Así, también a la derecha hay que situar al:

Movimiento Federalista Portugués, que se define de centro-derecha —cosa que ya nadie hace hoy día— y se reclama de una «nación portuguesa pluricontinental»; más claro no puede ser. El ex ministro caetanista de Educación Veiga Simão, extrañamente no saneado, y hoy representante de Portugal en la ONU, es uno de sus miembros.

También a la derecha, el **Partido de la Democracia Cristiana**; es muy débil y no tiene ni de lejos el papel que juega en Italia; los cristianos militan preferentemente en partidos de centro, aunque hay algunos en organizaciones revolucionarias y de izquierdas. De todos modos, la jerarquía eclesiástica portuguesa es muy conservadora. El pasado

día 22 de julio, el Episcopado luso emitió un documento terriblemente reaccionario, en el que ponía en guardia contra los movimientos socialistas y se reclamaba de la doctrina social de Pío XII. Ante este documento, otro partido de derechas que faltaba en la relación, el **Partido Liberal**, se solidarizó, con lo que ya no necesita mayores precisiones sobre su ideología. Recluido fundado, el **PRI (Partido Republicano de Independiente)** se define de derechas, y hay quien dice que será el mayor partido derechista.

Las izquierdas

MES (Movimiento de Izquierda Socialista).—Surge de «la iniciativa y actuación coordinada de militantes, cuya acción se desenvuelve en los últimos años en el campo de las luchas de fábrica y otros locales de trabajo, de lucha sindical, de lucha contra la guerra colonial, de lucha en torno de las elecciones fascistas, de lucha de cristianos revolucionarios, de lucha de los estudiantes y de acción política en la emigración». La motivación última de estas luchas —continúa su autodefinición— es una «sociedad enteramente controlada, desde lo económico a lo político, desde lo cultural a lo social, por la clase trabajadora». Tras una conversación mantenida con dos de sus miembros, Braga da Cruz y Nuno Teotonio Pereira —este último, salido el 25 de abril de la prisión de Caxias—, la impresión que produce el MES es de una excelente visión crítica de la problemática portuguesa. Acaso ningún grupo de los por mí entrevistados, con la excepción del PRP, produce una sensación de trabazón ideológica en el análisis de las contradicciones, que tanto a nivel estructural como coyuntural afectan al país. Su posición crítica respecto a la cuestión colonial les lleva a denunciar las ambigüedades en el programa del MFA, apenas detectadas por otros grupos. Son terriblemente suspicaces del «rol» que puede jugar Spínola, cuyas tesis neocolonialistas señalan un peligro que pocos saben o quieren ver. Con todo, su postura tras el 25 de abril respecto del MFA es de «apoyo crítico», sin colaboración formal. Su postura es de no negar las victorias, pero no dar un cheque en blanco, por los peligros de desviacionismo hacia la derecha, como se vio en la intentona de Palma Carlos. A diferencia de otros partidos —Partido Comunista y Partido Socialista—, no consideran que el paso hacia el socialismo deba pasar por una fase de democracia burguesa. Denuncian las tácticas de estos dos partidos como reformistas y su progresiva tendencia hacia la pequeña burguesía. De todos modos, no consideran que existan condiciones objetivas prerrevolucionarias por la despolitización de la clase obrera. Consideran tarea prioritaria su organización para que sea capaz de hacer frente al «poder burgués, que, hoy



Deshacerse de la herencia colonial es una perentoria exigencia de la que dan testimonio las numerosas pintadas aparecidas estos días en paredes, vallas y monumentos de la capital portuguesa.

por hoy, hay que ser realistas, representa el gobierno». «La burguesía intentará crear una democracia a su imagen y semejanza. La alternativa es un poder socialista, lo demás es engañarse respecto a dónde están las contradicciones reales. Con todo, repetimos, damos nuestro apoyo crítico al MFA, aunque ninguno de nuestros miembros participa oficialmente en el presente gobierno». Los detractores del MES sostienen que es un partido de intelectuales —los tienen, es verdad, y de calidad—, pero sin implantación obrera ni programa concreto. Ellos, en cambio, sostienen que están presentes en las luchas obreras de varios sectores, tales como Textiles y Metalúrgicos. La comparación europea más adecuada por su ideología y estrategia les sitúa en la línea italiana de Il Manifesto-PDUP.

MRPP.—A quien vaya por Lisboa después del 25 de abril, estas siglas no se le pueden borrar, como tampoco pueden borrarse de los centenares de paredes y monumentos en los que se hallan pintados sus «slogans». **Movimiento para la Reconstrucción del Partido del Proletariado**, su denominación define su intención de constituirse en partido, para lo que, según ellos, no había condiciones. Tras el «comicio» del 18 de julio en el Pabellón de los Deportes de Lisboa, consideran que las condiciones ya se dan. No dejaba de ser impresionante para los que pudimos ver aquella concentración de unos 5.000 simpatizantes, cantando rítmicamente «slogans» con el puño en alto. Su ideología, marxista-leninista-maoísta, les hace adoptar también tácticas y fraseología de

corte prochino. Son especialmente radicales respecto a la política de descolonización, y critican los títulos del MFA, del que además critican sus «pactos con la burguesía». Aunque reclaman tener buena implantación obrera, parece que una buena parte de sus adherentes están reclutados entre estudiantes de enseñanza media, algunos universitarios y empleados. En las acciones huelguísticas suyas han llevado las cosas mucho más allá de lo que los otros grupos políticos-sindicales querían, concretamente el Partido Comunista, al que atacan por «revisionista». Naturalmente, éste les contraataca, tachándoles de «provocadores de extrema derecha». Conservan después del 25 de abril su estructura de clandestinidad, y uno de sus dirigentes, Saldanha Sanches, director de su revista, *Luta Popular*, está preso en el fuerte de Elvas desde poco después de ser liberado el 25 de abril. La revista ha sido prohibida definitivamente el 4 de agosto. Aunque el MRPP se reclama del maoísmo, no es el único grupo marxista-leninista. Existen dos grupos, *Luta Comunista* y *Comité de Apolo* a Reconstrução do Partido, *CARP* (m-1), que acaban de unirse, pero son poco importantes.

PRP.—Durante los últimos años de oposición al caetanismo hubo varios grupos que pasaron a la lucha armada, uno de ellos las Brigadas Revolucionarias, fundadas en el año 1970, y operando con base en Argel se hicieron famosas por acciones como la voladura de las instalaciones secretas de mando estratégico de la NATO en Fonte de Telha, cerca de Lisboa, y demás atentados contra cuarteles del Ejér-

cito y barcos que iban a la guerra colonial. De esta organización, en el año 1973 nació el **Partido Revolucionario del Proletariado (PRP)**, que después del 25 de abril ha abandonado la lucha armada, pero no la clandestinidad. El partido se define marxista —pero no quiere apellidos ni nacionalidades—; considera que la fórmula que adopte la revolución socialista debe ser la más adecuada a las condiciones objetivas históricas, sociales y económicas portuguesas para llevar a la dictadura del proletariado. Tienen un cierto orgullo al manifestar que entre sus militantes no hay estudiantes; la inmensa mayoría actúan, pues, en las luchas obreras, donde reclaman tener una implantación considerable, dentro de ser un partido pequeño. El militante que me explica esto en un pequeño piso de los suburbios de Lisboa procede, paso a paso, a analizar la situación política portuguesa, de la que dice que «la democracia burguesa no es posible sin fascitizarse más»; analiza implacablemente las contradicciones del MFA al contar con Spínola, al que califica de superambiguo (me hace notar que fue nombrado jefe de Estado Mayor por Caetano todavía en enero) y pactante con los grupos económicos interesados en un neocolonialismo. «La burguesía está haciendo el bolcot, y nada se gana con las tácticas de prudencia que precorizan los partidos de la coalición con la excusa de no provocar...». Tiene especiales palabras de crítica para la táctica del Partido Comunista, desde sindicatos y desde el poder (Ministerio de Trabajo), mencionándome las huelgas de Correos, que, según este militante del PRP, fue rota por el PCP. Tras esto

no es de extrañar que apareciera un «graffiti» en la puerta principal, que decía: «El PCP acaba de perder 25.000 votos», que es el número de los empleados de CTT en huelga. Resumiendo nuestro análisis, concluye: la coalición del PCP y el PS en el gobierno constituye una contradicción menor entre pequeña y gran burguesía, de la que el gobierno constituye la contradicción principal entre burguesía y proletariado. Por tanto, no hay más alternativa que ir hacia la izquierda. Antes de despedirse me ofrece varios ejemplares del periódo *Revolução*, en el que se exponen sus tesis de modo más extenso. Todavía choca ver este tipo de publicaciones vendiéndose en los quioscos, a plena luz del día, cuando hace tres meses eran clandestinos —y tal vez mañana, pienso, volverán a serlo—. Diez días después, el Ministerio de Información lo prohibía por seis meses... Aunque, según noticias posteriores, parece que se ha revocado la sanción.

* * *

Por la noche del mismo día en que he visto al representante del PRP (25 de julio), asisto a la manifestación de apoyo al MFA y al Gobierno provisional. En el Estadio Primero de Mayo, ante una multitud de 25.000 personas con aire de noche de fiesta veraniega, bajo la luz de los reflectores del Ejército, los altavoces multiplican las voces de los oradores, que se suceden por orden de menos a más popularidad: Miller Guerra (Independiente), Magalhães Motta (PDP); los aplausos suben de intensidad cuando aparece en la tribuna Mario Soares —alguno al lado de mí dice su simpático apodo: «la galleta María», por la redondez de su faz—, hasta llegar al delirio cuando habla Alvaro Cunhal. Ninguna sorpresa en los discursos, adhesión incondicional al programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas; los «¡vivas!»; las consignas —Unidade. O povo unido jamais será vencido. Fim da guerra—, y las siglas alternadas: Pe-Ce-Pe, Eme-Efe-A, Pe-Ce-Pe, Eme-Efe-A—; todos acaban cantando el «Avante camarada», himno del PC, tras el que se entona el himno nacional, mientras muchos de los puños siguen levantados. Con el «Grandola, vila morena» de José Afonso, la gente desfila contenta y confiada. La manifestación ha sido un éxito, entre otras cosas, de organización. No hay que olvidar que ha sido organizada desde el poder. Ahora, las cuestiones clave quedan en pie, los problemas siguen, las decisiones capitales —en lo económico, en lo social— están por tomar, las alternativas están tan abiertas como los peligros detrás de cada opción. Mi última entrevista es con un secretario de Estado —hombre honesto, de izquierdas—, al que unos días atrás encontré francamente optimista. Le veo, y se confiesa preocupado. ■ G. L. D-P. Lisboa, Agosto 1974. (Fotos del autor.)